
EL HOMBRE EN LA PERSPECTIVA POSMODERNA

Silvia Molina y Vedia

A veces la información es una ventana abierta al mundo y a la intimidad de otros. Sus dramas son temporalmente, los nuestros. El acercamiento es silencioso. El olvido posterior pasa inadvertido. ¿Queda alguna señal de ese fugaz encuentro?

1. Antecedentes

En el momento actual, en que cunde entre los adolescentes, vulgarizado, el *look* de la moda *retro*; en que hablar de posmodernidad en la universidad se ha convertido en una cuestión relativamente frecuente, en que los gobiernos se ponen a la vanguardia de los tiempos imprimiendo su propia versión de esta cuestión, y hacen recaer como nunca el peso de las responsabilidades sociales en los individuos, es necesario tener un claro concepto de hombre del posmodernismo. Tal es el objetivo que se persigue en este artículo, y para alcanzarlo se ha realizado una síntesis de lo que al respecto plantean los teóricos de la posmodernidad.

Es preciso aclarar, además, que no debe sorprendernos la falta de sistematización y la ausencia de investigación en los trabajos de estos teóricos (que se proyecta, desde luego, en el concepto de hombre que conciben), porque la concepción misma de su trabajo difiere radicalmente de la tradición científica, aunque en ocasiones hagan referencia a estudios o autores clásicos.

Por lo tanto, hay que reconocer que para los pensadores del posmodernismo, la teoría es un factor de seducción, no de explicación, que se propone básicamente forzar las cosas a una superexistencia incompatible con lo real:

La teoría no puede contentarse con describir y analizar, es preciso que constituya un acontecimiento en el universo que describe (...) debe anticiparse a su propio

destino. Debe prever cualquier pensamiento de los extraños mañanas(...) ¿de qué sirve decir que el mundo es estático, que el mundo es irónico, que el mundo es objetivo? Lo es, y basta. ¿De qué sirve decir que no lo es? De todos modos, lo es. La teoría puede desafiarlo a serlo más: más objetivo, más irónico o más irreal(...) Sólo tiene sentido en el exorcismo (...) Hay que vencer al mundo y seducirlo con una indiferencia por lo menos equivalente a la suya.¹

Pese a su tono francamente agresivo, el discurso posmodernista no es tan nuevo como pretende. Libre del mismo, aunque con un matiz intelectualmente provocador, se anticipa —por ejemplo— en los trabajos de Marshall McLuhan de hace tres décadas. En ellos McLuhan anunciaba el fin de la civilización de la imprenta y el desarrollo de una nueva civilización tecnológica. De acuerdo con su apreciación, aunque la primera configura todavía los hábitos de pensamiento, el hombre dispone en la nueva civilización tecnológica de un sistema nervioso ampliado por esta tecnología, que lo compromete y lo incita a participar en una pluralidad de dimensiones de la vida. En esta nueva civilización el mundo no está fragmentado sino descentralizado, y la información que lo une configura una nueva proyección de la familia humana como una “aldea global” y permite el desarrollo de una conciencia mundial. Asimismo, distingue entre los medios de difusión de las informaciones, los que son fríos de los calientes. Esta misma terminología es retomada por los posmodernistas que caracterizan a la sociedad y las costumbres actuales como fenómenos “cool”. En *Understanding Media*, McLuhan reconoce que las nuevas técnicas de información y comunicación se desarrollan con independencia de las fuerzas políticas y sociales, permiten que la publicidad se convierta en información gratificante y sitúan en un plano secundario la responsabilidad política y social. Si bien el hombre en esta nueva civilización no tiene forma de dominar totalmente las técnicas, dista mucho de ser pasivo, las usa y cambia al hacerlo, adquiriendo una personalidad modular, construida en forma de mosaico, apta para interpretar en sentido lúdico la realidad, al mismo tiempo que presa fácil de la seducción y la manipulación.²

De esta manera, McLuhan, uno de los iniciadores de la perspectiva posmoderna, definió la mayor parte de los temas que constituyen el ideario básico de esta corriente (inclusive otros que no se tratan aquí, como el de la arquitectura),

¹ Baudrillard, Jean, *El otro por sí mismo*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1988, pp. 82 - 84.

² Baudrillard, Jean, “Understanding Media”, en *Análisis de Marshall McLuhan*, varios autores, Ed. Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1969.

aunque es poco citado como tal por personas que, como Baudrillard, conocieron su obra, escribieron sobre ella y retoman sus ideas.³

Es indudable, por otro lado, que el pensamiento posmodernista recibe influencias diversas de muchos filósofos sociales, sociólogos y pensadores en general, así como de artistas y escritores, sobre los cuales, dado el objetivo de este trabajo, no es posible profundizar. En sí, y a pesar de su limitación, en este artículo se tomarán en cuenta básicamente, las observaciones de Daniel Bell, Baudrillard y Gilles Lipovetsky. De Bell se tratará su apreciación de las tendencias disgregadoras a las que ha llegado la sociedad capitalista actual para emplearlas —pese a la crítica que al respecto formula Lipovetsky— como un marco de referencia general que contribuye en parte a explicar o fundamentar el concepto de hombre posmoderno. Otro posible referente para este concepto se deduce de los trabajos ya mencionados de McLuhan. De Baudrillard y de Lipovetsky se infieren los rasgos concretos del hombre posmoderno.

2. El contexto cultural en la posmodernidad

Tras una nutrida experiencia en el estudio de la cultura, la sociedad y la industria de la cultura, Bell plantea una tesis que logra conmover a los científicos sociales de las más diversas tendencias en su obra *Las contradicciones culturales del capitalismo*. La misma se publicó cuando los últimos ecos de la “revolución” mcluhaniana estaban desvaneciéndose, desvirtuados u ocultos por la proliferación de trabajos de muy diverso nivel sobre la era tecnotrónica y el impacto de la información electrónica a nivel de la sociedad, la cultura o la civilización. En las postrimerías de la década de los años setenta, en los países desarrollados, la cultura y la sociedad manifestaron cambios que en lo más general coincidían con muchas de las apreciaciones de McLuhan: la aldea global donde se desarrollaba la conciencia mundializada en torno a ciertos problemas como el ecologista y el del pacifismo, los traduce en múltiples organizaciones de participación social y comunitaria, y al mismo tiempo logra hacerlos trascender a través de los medios, y los proyecta en las conciencias individuales. La aldea global al realizarse a sí misma evoluciona por el camino de la despolitización, la sociabilidad y la manipulación ya previstos, pero en su proceso no deja de generar nuevas

³ McLuhan, Marshall, *Understanding Media*,

formaciones, nuevos ideales y comportamientos, muy próximos algunos de ellos a los del hombre definido por McLuhan. Al mismo tiempo, se perfilan ciertas tendencias estructurales que proporcionan los elementos del análisis de Bell.

La tesis central de Bell es que la economía, el orden político y la cultura, se rigen por principios axiales contrarios.

Observa que desde hace alrededor de medio siglo, el modernismo ha llegado a su límite y en la actualidad nos encontramos en la posmodernidad, que es una fase de deterioro de la creatividad y de la integridad del sistema que se disgrega, orientado por estos principios o valores divergentes. Según Bell, lejos de conducir hacia una sociedad integrada y trascendiendo la descentralización que preveía McLuhan, el advenimiento de la posmodernidad conduce hacia la fragmentación.

Esta fragmentación es producto de que a nivel de la tecnología y del orden económico el principio rector es el de la racionalidad funcional o eficiencia; a nivel de la política y el poder, en cambio, predomina el principio de igualdad; a nivel social, el valor fundamental es el hedonismo, la autorrealización, la gratificación. En concordancia con estos valores que orientan los objetivos y el comportamiento social, cada ámbito se desplaza con relativa independencia de los demás. Las disyunciones que resultan de esta divergencia han moldeado las tensiones y los conflictos sociales en los últimos ciento cincuenta años.⁴ La sociedad no es integradora sino separadora: los diferentes ámbitos responden a diferentes normas, tienen diferentes ritmos de cambio y están regulados por principios axiales diferentes y hasta contrarios. No existe ninguna relación simple y determinada entre ellos.

Las tensiones que se dan en el sistema y que afectan al hombre tienen un fundamento estructural y se producen entre una estructura social (tecnoeconomía) que es burocrática y jerárquica; entre un orden político que cree formalmente en la igualdad y la participación; y entre una estructura social que está basada principalmente en roles, en la especialización, y en una cultura que se interesa por el reforzamiento y la realización del yo y de la persona "total".

⁴ Bell, Daniel, *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Alianza Editorial, España, 1977.

Así, racionalismo funcional (eficacia, productividad, utilidad), hedonismo e igualdad (de medios, de resultados) se presentan como incompatibles. No obstante podríamos preguntarnos si realmente lo son, y podemos llegar a concluir que las afirmaciones de Bell son válidas si se maneja una lógica lineal, pero que, precisamente, el desarrollo actual de la lógica y de la tecnología informática, así como los niveles más elevados de la teoría de sistemas, nos permiten entrever una opción diferente: el desarrollo de procesos no lineales. Y es en esta última perspectiva en la que, tras haber analizado las tesis posmodernistas y su concepción del hombre, aparentemente se está concretando una aplicación real e imprevista de tales procesos no lineales. El hombre posmoderno, o mejor dicho, el hombre que definen los posmodernistas, resulta un experto en la recombinación modular y es capaz de actuar a muchos niveles y en distintos ámbitos a la vez.

La perspectiva de Bell es sugerente: no puede ser totalmente dejada de lado, aunque la explicación final pueda admitir más opciones que la suya.

3. El hombre en la perspectiva instantánea de J. Baudrillard

Baudrillard, en su más reciente obra traducida al español, *El otro por sí mismo*, proporciona algunos elementos que permiten reafirmar la apreciación anterior. Vale destacar, por ejemplo, el hecho de que el hombre ha reemplazado la lógica de la posesión por la lógica de la conducción, a partir de la cual el objeto es algo con lo que está conectado en una especie de interfaz ininterrumpida.⁵ Este hombre existe en medio de un ideal ecológico de regulación, de funcionalidad, donde cada sistema forma una parte de un espacio o un “decorado relacional” en el que todos los términos se mantienen en contacto perpetuo, informados de su respectivo estado y del que guarda el sistema. La interrupción de la información equivaldría a una catástrofe.

Es un hombre que proyecta sus aspiraciones en el espacio de la simulación, ya que existe como terminal de múltiples redes. Su lugar de habitación es un ámbito de recepción y operación, tal como una pantalla de mando o una terminal dotada de poder telemático. Su existencia transcurre a través de un proceso de desplazamiento de las gestualidades, los cuerpos y los esfuerzos hacia mandos

⁵ Baudrillard, Jean, *op. cit.*, p.10.

eléctricos o electrónicos. Su existencia se halla saturada por la miniaturización en el tiempo y el espacio de acontecimientos cuya escena es parte de una memoria infinitesimal.

Desde el momento en que esta escena ya no está habitada por sus actores y fantasías, y que los comportamientos se focalizan en ciertas pantallas o terminales operacionales, el resto parece un gran cuerpo inútil, abandonado, un estorbo. “Lo real mismo parece un gran cuerpo inútil”,⁶ ya que sólo persisten efectos miniaturizados, concentrados e inmediatamente disponibles.

Este cambio de escala de la perspectiva humana, de la vida, afecta al hombre de diversas formas tal como se puede observar a través de la destrucción o reducción del espacio público y el privado. El espacio público desaparece y es reemplazado por la invasión de la publicidad y la creación de superobjetos arquitectónicos, que —como Beaubourg— son antimonumentos donde se expresan la operación cultural de la mercancía y la masa en movimiento: gigantescas estructuras de ventilación, de circulación, de conexión efímera.

El espacio privado también desaparece al dejar de ser un secreto. Las actividades más íntimas de la vida se exponen con impúdica transparencia en los medios, mientras todo el universo acude y está presente en la pantalla doméstica. Ya no se vive el drama de la alienación sino el éxtasis de la comunicación.⁷ Se trata de un mundo y un hombre obscenos, en los que no hay secreto. El mensaje ya no existe, el *medium* en cambio (tal como lo indicó McLuhan) se impone en su circulación pura. “A eso le llamamos éxtasis”,⁸ afirma Baudrillard.

En tal situación, el hombre vive un estado continuo de fascinación y vértigo,⁹ en medio de una excesiva promiscuidad de todo que “le invade y le penetra sin resistencia, sin que ningún halo, ningún aura, ni siquiera la de su propio cuerpo, le protejan”.¹⁰

De manera inevitable, dado el enfoque que adopta, el hombre posmodernista que define Baudrillard es apocalíptico. Esto se verifica conforme profundiza en

⁶ *Ibidem*, p.1^A.

⁷ *Ibidem*, p.18.

⁸ *Ibidem*, p.19.

⁹ *Ibidem*, p.21.

¹⁰ *Ibidem*, p.23.

su caracterización. A través de la misma señala que este hombre está interesado fundamentalmente en demostrar su existencia y sólo eso. Tiene “necesidad de hablar cuando no hay nada que decir”,¹¹ puesto que existir es más urgente cuando la vida carece de sentido y cuando todo, hasta lo sexual, no es más que un ritual de la transparencia.

A pesar de que el hombre se siente saturado —continúa este autor— no sucede nada: ni en los espectáculos, ni en la información, ni en lo político... quizás porque, de acuerdo con Bell, las novedades se sustituyen con una rapidez tal que los objetos, aun los que pretenden expresar alguna dimensión artística, son sustituidos y lo que permanece es el mero fluir, el medio.

La obscenidad y la transparencia del hombre y los objetos “no llevan necesariamente a un punto muerto. Pueden convertirse de nuevo en valores colectivos; vemos, además, reconstituirse a su alrededor nuevos rituales, los rituales de la transparencia”¹² mediante los cuales todo se percibe completamente desde el principio, sin ninguna magia, sin ningún encanto... es decir, sin secreto. Es por ello que las imágenes se han convertido en el objeto del deseo del hombre posmoderno. En la confusión del objeto y de la imagen reside, según Baudrillard, la obscenidad de esta cultura.

Por otro lado, la reducción del espacio ha confinado a cada individuo en su burbuja, tras haber alcanzado los límites del planeta y posibilitar todos los movimientos. Esta inmovilidad es la de “la ubicuidad potencial, la de una movilidad absoluta que anula su propio espacio a fuerza de recorrerlo incesantemente y sin esfuerzo”.¹³ Por lo tanto, se puede hablar de un “sujeto fractal” que en vez de trascender a sí mismo en una finalidad o un conjunto que lo supere, “se difracta en una multitud de egos miniaturizados, absolutamente semejantes entre sí, que se desmultiplican embrionariamente”.¹⁴ Esto contrasta con la antigua obsesión de parecerse a los demás y perderse en la multitud; hoy la obsesión es parecerse únicamente a uno mismo.

¹¹ *Ibidem*, p.26.

¹² *Ibidem*, p.29.

¹³ *Ibidem*, p.34.

¹⁴ *Ibidem*, p.35.

Se han modificado las nociones humanas de tiempo, duración y complejidad debido a que todo proyecto puede ser inmediatamente realizable. Esto sugiere una metamorfosis constante de la cual el hombre es objeto y sujeto; el cambio como transformación y despliegue de potencialidades renovadas o insospechadas atrapa no sólo al cuerpo, sino a las apariencias. "La metamorfosis no conoce orden simbólico, sólo una sucesión vertiginosa en la que el sujeto se pierde en los encadenamientos rituales".¹⁵

Privado de espacio (el territorio) y de sentido, el hombre se enfrenta al enloquecimiento de los circuitos, a una suerte de metástasis en la que no hay alma ni metáfora del cuerpo. Esta invalidez progresiva corresponde a la informática como nueva fuerza productiva, inmaterial e inhumana. Es una anticipación de las futuras condiciones laborales en un universo alterado y anómalo¹⁶... Mas por la fuerza de las cosas, en el terreno motor y sensorial, el "minusválido es un experto en potencia".¹⁷

Por otro lado, Baudrillard plantea que sin oportunidad de trascendencia, sólo permanece la tensión de la inmanencia; la pasión únicamente parece encontrarse en el objeto: "lo sublime ha pasado a lo subliminal".¹⁸ A pesar de lo cual, el mundo no queda entregado al accidente puro, al azar, sino que la inmanencia abandonada a sí misma despliega encadenamientos o desencadenamientos inesperados y una forma especial de combinarlos: la exponencial. Esta se manifiesta mediante "una potenciación de las bazas y no mediante un equilibrio".¹⁹

La potenciación se alcanza mediante el proceso de seducción, y la seducción como tal es lo que seduce, y no algo que resuelva las cosas. Es más que el principio del placer porque arrastra más allá de la realidad; no se opone a los hombres o los objetos, sólo los seduce. La seducción constituye la dinámica fundamental del mundo. Se caracteriza por los signos vacíos, ilegibles, insoslayables, arbitrarios, fortuitos, que pasan ligeramente de lado.²⁰ La seducción es un rasgo dual, instantáneo, sin desciframiento, que es posible dentro de la dinámica del vértigo

¹⁵ *Ibidem*, p.40.

¹⁶ *Ibidem*, p.44.

¹⁷ *Ibidem*, p.45.

¹⁸ *Ibidem*, p.47.

¹⁹ *Ibidem*, p.48.

²⁰ *Ibidem*, p.51.

y la reversibilidad, cuyo espacio expresivo es el de la superficie y la apariencia. Su estrategia es llevar las cosas a la apariencia pura.

En consonancia con la seducción, en todas partes se intenta producir sentido. Pero el sentido se desborda por su abundancia y ahoga al hombre. La apariencia y la seducción son, en cambio, las claves del proceso, al insinuar la posibilidad de trasvasar el principio de realidad y refractar al hombre en otra lógica. "El hombre no es culpable ni inocente: es seducido y seduce".²¹ En el horizonte posmoderno, el discurso de la verdad es imposible, porque la disuasión y la simulación neutralizan las finalidades, los sujetos y los objetos. No obstante, disuasión y simulación son también recursos de supervivencia a los que recurre en tanto se mueve en un doble espiral: de un lado la economía política, la producción, el código, el sistema, la simulación, y del otro, el *potlatch*, el gasto, el sacrificio, la muerte, lo femenino, la seducción y lo fatal.²² Por ello pasa de la dialéctica de la alienación a la de la transparencia. Frente a la transparencia, los valores se transforman. "La transgresión no es inmoral. Muy al contrario, reconcilia a la ley con lo que está prohibido, es el juego dialéctico del bien y el mal".²³ Pero la era de la transgresión ha terminado porque las cosas han transgredido sus propios límites. La banalidad se hace prodigiosa al tiempo que existe una reversión de todas las empresas racionales de estructuración y poder. En tanto, las cosas se presentan como desafío, pero la respuesta a este desafío es la indiferencia dentro de la lógica silenciosa del exceso.

Baudrillard no sólo percibe al hombre aislado, sobresaturado de información pero inactivo, seducido y seductor, sino también rodeado de excesos y proyectado en ellos. El hombre "ha convertido al mundo en metáfora de sus pasiones. Lo ha colonizado todo".²⁴

"... Y todo evoluciona en un proceso de no retorno, que no es el de la producción, sino el de su desaparición. "Sobre todo existe en el sujeto la "pasión de ser objeto, de devenir objeto".²⁵ En el alma prevalecen la indiferencia y la impaciencia, que no plantean una contradicción sino que definen la actitud dual, como un espejo.

²¹ *Ibidem*, p.62.

²² *Ibidem*, p.67.

²³ *Ibidem*, p.68.

²⁴ *Ibidem*, p.78.

²⁵ *Ibidem*, p.79.

4. El hombre en el vacío: Lipovetsky

Lipovetsky, en su obra *La era del vacío*, presenta otra noción de hombre posmoderno, menos catastrófica, aunque coincidente en algunos rasgos con la de Baudrillard.

Según Lipovetsky, el hombre vive un proceso de personalización, que es un indicador característico de la posmodernidad. El proceso de personalización lo encamina hacia el mínimo de coacciones, el máximo de elecciones privadas y de deseo, con “la menor represión y la mayor comprensión posibles”. Esto facilita “el desarrollo de nuevos valores que apuntan al libre despliegue de la personalidad íntima, la legitimación del placer, el reconocimiento de las peticiones singulares, la modelación de las instituciones en base a las aspiraciones de los individuos”.²⁶ El hombre posmoderno valora, sobre todo, su autorrealización.

La autorrealización se puede alcanzar a través de alguno de los aspectos o caras del proceso de personalización:

- a) el “limpio”, que incluye “los dispositivos fluidos y desestandarizados, las formas de sollicitación programada elaborada por los aparatos de poder y gestión”, y
- b) la “salvaje” o “paralela”, que es producto de la voluntad de autonomía y particularización de grupos e individuos”.²⁷

Este hombre habita una sociedad donde predominan la indiferencia de la masa, el envejecimiento prematuro (de las cosas, las relaciones, las imágenes), la repetición, la aceptación de la novedad junto con lo viejo o antiguo, donde la autonomía privada es indiscutible, y donde el futuro no es inevitable. La abundancia de opciones de la posmodernidad implica en cierta medida la retracción del tiempo, tanto social como individual.

Pero simultáneamente, la cultura del hombre posmoderno es un vector de ampliación de su individualismo, que se manifiesta de múltiples formas: “búsqueda de calidad de vida, pasión por la personalidad, sensibilidad ecológica, abandono de los grandes sistemas de sentido, culto de la participación y la

²⁶ Lipovetsky, Gilles, *La era del vacío*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1986, p.7.

²⁷ *Ibidem*, p.8.

expresión, moda *retro*, rehabilitación de lo local, de lo regional, de determinadas creencias y prácticas tradicionales".²⁸ El control lo ejerce, en general, a partir de técnicas blandas.

El proceso de personalización —afirma Lipovetsky— conduce a una perspectiva neonarcisista en el hombre. A través de ella el individualismo y la miniaturización (de los objetos, sucesos, del tiempo, etc.), se encuentran y coinciden en reducir la carga de las presiones sociales características del periodo moderno.

Existe una tendencia a la retracción de los grandes temas y problemas del pasado (como la militancia política o ideológica) y a la búsqueda de relaciones sociales en grupos reducidos donde se compartan las mismas preocupaciones inmediatas.

Las obsesiones del hombre posmoderno son la información y la expresión, pero si bien todos tienen en alguna medida el deseo y la necesidad de hablar y ser escuchado, existe en cambio muy poco qué decir y, en todo caso, indiferencia hacia lo que se dice.

El hombre no sólo ha creado una sociedad de servicios, sino de autoservicios, sostenida por el principio de seducción entre las personas y las cosas. La seducción nada tiene que ver con una representación falsa o alienación de las conciencias, sino que es un recurso mediante el cual se construye y remoldea el mundo a través de la multiplicación y diversificación de la oferta, la ampliación de la posibilidad de elección entre opciones plurales y la sustitución de la austeridad por la realización de los deseos, aumentando la posibilidad combinatoria.

La facultad de elegir y decidir se privatiza y las organizaciones e instituciones se ven modificadas para atender a esta nueva situación. La seducción que emana de las nuevas tecnologías no reside en lo que son, sino en la medida en que dan al hombre mayor autonomía, autodeterminación y manejo de su propio tiempo.

Del mismo modo que las instituciones se vuelven más flexibles y móviles, el individuo se vuelve cinético, aspira al ritmo, a una participación de todo el cuerpo

²⁸ *Ibidem*, p.10.

y los sentidos (...) Su personalización se traduce en un deseo de sentir 'más', de volar, de vibrar en directo, de sentir sensaciones inmediatas y de sumergirse en un movimiento integral, en una especie de *trip* sensorial y pulsional.²⁹

En principio, Lipovetsky coincide en cierta medida con Bell en su apreciación de la sociedad en proceso de disgregación, y también con McLuhan, al percibir el carácter *cool* del mismo, pero difiere de Baudrillard en cuanto a que su visión de la realidad no es negativa o catastrófica, sino más bien diferente de la moderna. Esto no quiere decir que eluda tratar los aspectos conflictivos, que se presentan integrados dentro de la compleja trama de la posmodernidad.

El hedonismo, la información y la responsabilización son agentes que mediante el aislamiento provocan una destrucción *cool* de lo social. Otro tanto sucede con los grandes valores de la política, que son sustituidos por una política personalizada, plena de cordialidad, confidencias íntimas, proximidad, autenticidad, etc., en donde

si bien es cierto que existe un *marketing* político programado y cínico, también lo es decir que las estrellas políticas no hacen más que conectar con el *habitat* posmoderno del *homo democraticus*, con una sociedad ya personalizada deseosa de contacto humano, refractaria al anonimato, a las lecciones pedagógicas abstractas, al lenguaje típico de la política, a los roles distantes y convencionales.³⁰

Destrucción *cool* de lo social, que se presenta bajo un aura de *seducción soft*, en una sociedad cada vez más dispersa, donde todo se descentraliza, en tanto los individuos se convierten en sujetos políticos autónomos, autogestivos, antítesis de la burocracia. De esta manera, según Lipovetsky, "la lucha de clases queda sustituida por el 'ligue', a través de estadísticas, del compromiso histórico..."³¹

La valorización del individuo a través de la personalización implica, no sólo su participación activa y relativamente autosuficiente en la esfera de lo social, sino un nuevo interés en el cuerpo y en el sexo. Estos se convierten en instrumentos de una creciente responsabilidad. El cuerpo existe para amarlo, exhibirlo,

²⁹ *Ibidem*, p.22.

³⁰ *Ibidem*, pp.25 y 26.

³¹ *Ibidem*, p.28.

y proyectarlo en el campo de la seducción. De manera simultánea, la exhibición no anula ni se opone al hecho de que el hombre ha entrado en un proceso de subjetivización e interiorización, funcionando como una máquina narcisista incomparable.

Por otro lado, esta revalorización del cuerpo hace intolerable el envejecimiento e incrementa el temor a la muerte, a la vez que genera interés por actividades que tienden a preservarlo o desarrollarlo como la expresión corporal, el yoga, la bioenergía, el *rolfing*, la gestaltterapia o el naturismo. En cierta medida un cuerpo psicológico ha sustituido al cuerpo objetivo, y la toma de conciencia del cuerpo en sí mismo es uno de los objetivos del neonarcisismo. El interés del hombre posmodernista en el cuerpo responde a su vez a imperativos sociales tales como la "línea", "estar en forma", el orgasmo, etc., a partir de los cuales se normaliza al revestir las características de todos, al eliminar las censurables diferencias. La normalización consiste en ser uno mismo, joven, dinámico y esbelto.

La situación del hombre vuelto sobre sí mismo y del medio social cada vez más disperso, crean un "desierto paradójico", sin catástrofes, tragedia o muerte. Un vacío donde habita el hombre posmoderno. La deserción de las instituciones es una de sus manifestaciones. Apagado el deseo, la apatía invita al descanso y al descompromiso emocional. No hay destrucción, sino más bien distanciamiento, ausencia y "una estética de fría exterioridad".³²

La indiferencia no significa que no se hace nada, sino que todo puede cohabitar, todo se puede escoger. Las diferentes cuestiones, desde la política a la ecología, sólo son "ambiente", logran producir algunas movilizaciones y desaparecen después con la misma rapidez con que surgieron. Se trata de una indiferencia metapolítica. En este contexto es preciso saber que el hombre relajado está desarmado, indefenso. Su soledad se ha convertido en un hecho.

La crisis de confianza en las instituciones, los líderes y las causas pone de manifiesto la transición del *homo politicus* al *homo psicologicus*.

³² *Ibidem*, pp.37 y 38.

El narcisismo “surge de la deserción generalizada de los valores y finalidades sociales, provocada por el proceso de personalización”.³³ Es una estructura constitutiva de la personalidad posmoderna.

“Cuando el significado deja paso a los juegos del significante, y el propio discurso de la emoción directa, cuando las referencias exteriores caen, el narcisismo ya no encuentra obstáculos y puede realizarse en toda su radicalidad”.³⁴

La autoconciencia sustituye a la conciencia de clase; el amaestramiento social se produce por autoseducción, convirtiéndose así el narcisismo en una nueva tecnología de control flexible y autogestionado, que pone a los individuos de acuerdo con un sistema social pulverizado.

El yo se mantiene en la búsqueda constante de sí mismo, y al igual que el espacio público, se vacía emocionalmente debido al exceso de informaciones, vive así una desubstancialización que es propia de la posmodernidad. Esa búsqueda y el concomitante vacío, implican el fin de la voluntad, el reino de la indiferencia pura.

Obsesionado sólo por sí mismo, al acecho de su realización personal y de su equilibrio, Narciso obstaculiza los discursos de movilización de masas; hoy en día, las invitaciones a la aventura, al riesgo político no encuentran eco; si la revolución se ha visto desclasada, no hay que achacarlo a ninguna ‘traición’ burocrática: la revolución se apaga bajo los *spots* seductores de la personalización del mundo.³⁵

La desubstancialización del yo es un resultado del proceso de personalización al dejar al individuo desprovisto de referentes. El deterioro de la imagen y la relación con los otros resulta, en cambio, producto del proceso democrático y del impulso hacia la igualdad, que tienden a anular las diferencias a partir de una similitud de los individuos independiente de los datos visibles.

Se produce así una identidad entre seres (porque *alter* y *ego* son lo mismo) forjada desde la instancia neonarcisista de personalización al impactar en el campo social, y afectar la noción de democracia.

³³ *Ibidem*, p.53.

³⁴ *Ibidem*, p.55.

³⁵ *Ibidem*, p.57.

El hombre posmoderno es una persona pacificada, signo e instrumento del *self-control*; aprecia la autenticidad (pero la autenticidad que corresponde a lo que se debe esperar de ella); vive un intimismo que generaliza la indiferencia; tiende a neutralizar los conflictos y las desigualdades. Sin embargo, sólo en apariencia los individuos se vuelven más tolerantes y más cooperativos, porque en el fondo “cada uno explota cínicamente los sentimientos de los otros y busca su propio interés sin la menor preocupación por las generaciones futuras”.³⁶ Esto contrasta con el interés insaciable por todo lo concerniente al otro (aunque sea un extraño), y con las formas nuevas de sociabilidad que se orientan a través del deseo de reconocimiento. Este deseo de reconocimiento no implica sobresalir de los demás, sino integrarse en ambientes simpáticos, comunicativos, distendidos, sin excesivas pretensiones, donde puede jugar a seducir, complacer, y ser escuchado, aceptado, tranquilizado y amado.

El hombre ha cambiado el principio de realidad por el de transparencia “que transforma lo real en un lugar de tránsito, un territorio en que el desplazamiento es imperativo”;³⁷ se desplaza en el mundo y existe, en medio de un proceso de acumulación y aceleración creciente.

Los trastornos narcisistas se presentan más bien como malestares difusos, sin síntomas fijos, en tanto los individuos aspiran a un desapego emocional debido a los riesgos de inestabilidad de las relaciones personales. Se anhelan las relaciones privilegiadas, pero éstas resultan siempre más evasivas y breves de lo que se esperaba, y dejan al hombre en la dificultad de sentir, en la huida más allá a través de la “experiencia” y el vacío. Su alternativa es el juego y el desarrollo dentro de una sociedad humorística. La ironía mordaz como un medio *cool* para salir a escena, como una pantalla protectora.

Realmente, lo que impone el universo personalizado es una coexistencia humorística, donde todo está permitido, el espectáculo está en todas partes,... aunque no exento de violencia (en términos *cool*).

³⁶ *Ibidem*, p.69.

³⁷ *Ibidem*, p.75.

5. Comentarios

Tanto Baudrillard como Lipovetsky definen al hombre posmoderno en contraposición con el de la modernidad, dando por hecho que también se puede formular una noción general acerca del primero. Ambos, coinciden en afirmar que el hombre posmoderno es indiferente, hedonista, seductor y seducido, ávido de experiencias y expuesto constantemente al exceso de información. Las diferencias que alejan uno de otro, se dan por la forma en que conciben estos rasgos: si —por ejemplo— para Baudrillard la indiferencia se aproxima a la impotencia, para Lipovetsky en cambio, se asemeja a la tolerancia.

Pero el hombre encerrado en su burbuja y saturado de información que concibe Baudrillard, o el nuevo Narciso que pasa su vida con amable indiferencia, en una sociedad sin metas y sin proyección futura, buscando los espacios de unas relaciones sociales que cambian sin ir más allá de lo superficial, de Lipovetsky, pese a cierta escalofriante proximidad con nuestra vida cotidiana, son al mismo tiempo construcciones aberrantes.

Aberrantes porque se desvían de la realidad, pero alcanzan a captar algunos de sus rasgos, haciéndola más confusa. Aberrantes también, en un mundo que no sólo les pertenece a los intelectuales de los países desarrollados, sino a millones de personas que ignoran la existencia de la posmodernidad y que, en muchos casos, ni siquiera han tenido acceso a la modernidad.

Por otro lado, la visión del hombre posmoderno y de la posmodernidad misma, que plantean Baudrillard y Lipovetsky (así como otros, como Habermas o Lyotard), refleja en su aspecto interpretativo un problema de fondo: se trata de que su visión no deja de ser producto de su formación moderna. Es a otros niveles, más cotidianos y menos analíticos, que podríamos encontrar referencias al hombre posmoderno, por sí mismo. Y en ellas difícilmente encontraríamos planteamientos teóricos que posibilitaran alguna generalización.

El discurso de los posmodernistas y su imagen del hombre, parten —por el contrario— de una generalización excesiva de tendencias y situaciones emergentes en algunos sectores de sus países de origen, que no hacen sino reflejar su ignorancia sobre el impacto de la posmodernidad en los mundos del subdesarrollo (algunos de los cuales se encuentran ubicados en su propio territorio).

En estos mundos, aquellos sectores que conocen el fenómeno de la posmodernidad y otros que meramente lo intuyen, lo comprenden como un proceso de autorreflexión que impulsa la transformación de la modernidad. Autorreflexión que no carece de matices de apreciación, sino que se nutre de ellos. Así, por ejemplo, Lechner señala que: "Un fenómeno que, sin lugar a dudas, caracteriza la situación política de varios países latinoamericanos es el desencanto (...) se habla de un exceso de expectativas que la democracia no puede cumplir".³⁸ Y si la modernidad ya fue definida como un desencantamiento del mundo —continúa Lechner— se trata ahora, de un "desencanto con el desencanto". Pero como se refiere al impacto de la posmodernidad en América Latina, sus apreciaciones llevan necesariamente a nuevas interpretaciones del fenómeno aunadas a una crítica de su conceptualización. Por esto considera que el aporte posmoderno no se agota con el elogio de la heterogeneidad, sino que la revalorización de la heterogeneidad en el subcontinente no deja de remitir a la cuestión del orden: "¿Cómo distinguir una diversidad legítima de las desigualdades ilegítimas?"³⁹ Se puede deducir de sus reflexiones que también ha nacido un tipo de hombre posmoderno diferente del que plantean Baudrillard o Lipovetsky, porque su forma de análisis es más profunda.

Por otro lado, según estos dos pensadores, el hombre posmoderno no da la impresión de caracterizarse por usar su inteligencia ni madurar emocionalmente, y más que estar en constante proceso de búsqueda, parece andar bastante perdido: no sabe por qué ni para qué hace las cosas, carece de una perspectiva a futuro, vive precipitándose en sí mismo. Esta definición de hombre no encuentra correspondencia con otros rasgos de la posmodernidad que son muy creativos y que se expresan, tanto en la arquitectura y la literatura o en la música, como en las formas libres de apropiarse de las experiencias del pasado adaptándolas al presente o en el pensamiento no lineal.

El aspecto creativo de la posmodernidad se plantea, no como una simple ruptura con la modernidad, sino como el momento del descubrimiento y la exploración de diversas racionalidades; el rechazo o "desencanto del desencanto" se producen porque se ha descubierto que no existe teoría capaz de explicar (y, mucho menos, de predecir) el proceso social en su totalidad... entre otras cosas,

³⁸ Lechner, Norbert, "Del desencanto con la modernidad a una nueva cultura política", en *Mundo, cultura y gente* No.22, México, 1990, p.18.

³⁹ *Ibidem*, p.19.

porque no existe tal "proceso social" sino múltiples procesos, y cada uno de ellos, aunque se relacione con otros, puede responder a su vez, a principios, valores y experiencias totalmente diferentes. Con esto no se pulveriza la idea de sociedad hasta ser convertida en nada, se la transforma. Si el marxismo tuvo, entre otros, el mérito de reconocer la historicidad de los conceptos y valorizar las particularidades y las situaciones concretas, el posmodernismo les da una nueva dimensión espacial: dos o más formaciones sociales pueden coincidir en un mismo espacio. Un salón de clases, por ejemplo, no dejará de ser un salón de clases, pero es además un lugar de juego, de seducción, de espera, de amigos, de búsqueda. Se rescata la complejidad de lo vivo, respetando su diversidad.

Una sociedad que se expande no necesariamente se destruye, y si parte de ella se desintegra en el proceso, es posible también que estemos ante una importante transformación estructural. El posmodernismo abre así posibilidades insospechadas a la ciencia, una vez que ésta se despoja de empirismos y neopositivismos.

¿Cómo era el hombre moderno? ¿Cómo es el de la posmodernidad? ¿Cuáles son sus diferencias? Pienso que las tres preguntas adolecen del mismo defecto: se refieren a una tipología estructurada sobre bases falsas, ya que no resiste una contrastación real. Las grandes generalizaciones tuvieron su momento cuando se creía todavía que se podrían encontrar las leyes universales del comportamiento social, cuando existían ilusiones sobre la posibilidad de un progreso universal que conduciría a los hombres en perpetua evolución hacia alguna forma perfecta de organización y de vida. A pesar de que esas ideas impulsaron el desarrollo de la ciencia, ya no le son útiles. La ciencia descubrió sus falacias y la necesidad de buscar otras motivaciones para aproximarse a su objeto. La posmodernidad tiene todavía que aceptar y resolver problemas de la ciencia, como ya lo está haciendo en el arte.

No es posible formular una definición acabada de hombre posmoderno sin caer, por un lado, en una enumeración de características que siempre parecerán insuficientes o tendenciosas, o por otro lado, en una apreciación acartonada y reducida. La posmodernidad va definiendo sus rasgos propios en forma diferente en cada sociedad, los hombres que las configuran se asocian, conviven y comparten o se tratan de aislar, aprenden, reflexionan y se equivocan, o tal vez acierten, en el difícil proceso de autorrealizarse, de vivir.